

INTRODUCCION AL CONOCIMIENTO DEL CAMPELINO DOMINICANO

Por: Monseñor Roque Adames

EN UN PRIMER MOMENTO PENSE APROVECHAR esta charla como ocasión o pretexto para incursionar rápidamente por un tema que dejé en agraz cuando debí cambiar la cátedra universitaria por la silla de montar del Obispo. Me refiero a la visión del hombre en Sófocles.

Pero puesto a elegir creí conveniente compartir con ustedes mis experiencias de ocho años viajando por casi todos los campos de ocho provincias en un contacto y experiencia extraordinaria con nuestros hombres del campo. Cuadra mejor a este ambiente del Museo del Hombre Dominicano.

Después de ese convivir con miles y miles de campesinos en esa llaneza y confianza que infunde en ellos la tarea de Pastor, me pregunto ante ustedes: cuál es la imagen interior que me he ido formando de este dominicano mayoritario. En fin, será como un conato de lectura no desde la cátedra, sino desde mi silla de montar. Por lo demás, tengo en la materia una especialidad que me acredita particularmente: soy campesino. Y esta "campesinidad" no es algo accidental, caduco o efímero, es imperecedero; imprime carácter, como decimos en la teología del bautismo. Permítannos que al pavimento de la ciudad traiga el aire de azul fuerte y de tierra adentro. Por supuesto, que por más seguridad y aplomo que manifiesten mis proposiciones deberían encajarse en el trasfondo de la hipótesis, de la búsqueda y, sobre todo, de la experiencia personal.

Para mí esta es la actitud clave: experiencias personales. Y seamos precisos; son experiencias del campesino cibaño. Mi óptica, pues, es el Cibao.

Un ser confuso; un ser contradictorio; un poliedro. En fin, sobre el campesino leemos y escuchamos datos discordantes, de manera que a veces da la impresión de que se trata de dos o varios campesinos diferentes. Es así qué y cómo es en realidad, según mis experiencias.

Existen, a mi parecer, dos vertientes o dos niveles en nuestro hombre del campo. Por una parte nos encontramos con lo que me permito llamar el "Yo profundo" y por otro lado, o mejor, sobreponiéndose a esta capa anterior, tropezamos con el "Yo deformado".

EL YO PROFUNDO

Varios son los rasgos positivos que conforman la urdimbre de esta dimensión que considero la última raíz virgen de lo dominicano.

a) Cordialidad

En primer término uno de los rasgos que más sobresalen en el campesino en soñego —no alterado por el conflicto— es la cordialidad.

Podríamos afirmar que es un pueblo fundado sobre el afecto. Por eso la puerta de su personalidad, la clave de su confianza y entrega no es la razón, sino el corazón. El mismo lo plasmará en un refrán que hemos escuchado por los campos: "del palo no hay que fijarse en la cáscara, sino en el corazón".

Los valores fundamentales, por tanto, son las relaciones primarias, esa red de contactos inmediatos en que la persona se siente conocida, integrada. Equivalen a su necesidad interior de solidaridad, de compartir, de comunicarse, de ser en el mundo. Es un ser "dialogado" y dialogante a nivel del ser. De ahí que tema y rehuya el aislamiento y la soledad desamparada, porque "los males comunicados o se sanan o se olvidan", y no se puede vivir "solo como la mala res".

Esta cordialidad, asimismo, tiene otras expresiones. Nos encontramos con el típico empeño por la cortesía en el trato, en el comportamiento, en el talante que tiende puentes hacia el otro. Es,

por eso, acogedor con nobleza simple, con sabor a hospitalidad de hombre del desierto.

La cordialidad se descubre también en otro rasgo que puede ser ambivalente: la costumbre de no saber decir que no. Puede ser miedo al compromiso, pero en el alma del campesino es el empeño por complacer, por no disgustar, por ser agradable.

b) Humanidad

Es una de las cualidades más profundamente religiosas y sagradas. El sentido del otro, la percepción del valor del otro como sujeto. San Pablo condensó en una sola frase el horror de la falsa cultura del Imperio Romano, cuando describió a los romanos, orgullosos de sus fronteras, de su potencia y de su organización, como "sin afecto, sin compasión".

Nuestro hombre del campo tiene ese sentido del otro. Aún más, hay una sabiduría de igualdad fundamental que se rezuma en sus expresiones propias; como este profundísimo aforisma "cada uno es como cada uno" o "todos somos hijos de Dios" o aún más "todos somos de carne y hueso". La copla proclamará esta igualdad con la imagen del agua que moja por igual a uno y otros:

*"To ta bien repaitío
y Dios de naide se antoja
y como to somoj iguales
cuando yuebe to se moja".*

Este sentido de humanidad, bajo el aspecto de solidaridad se hace más claro en la conmiseración con el otro en la desgracia. Nuestro campesino siente más la pena que la alegría del prójimo; vibra más con el Viernes Santo que con la Pascua. Su refranero volverá a ser preciso al respecto:

*"Ei qu'en degrasia se encuentra
consuelo e lo que reclama
loj amigo se conosen
en la caise y en la cama".*

No es raro encontrarse con familias ampliamente numerosas donde todavía hay cabida para un huérfano o un desamparado, como lo más normal del mundo.

Este sentido del otro, de la radical igualdad de todos, se apoya también en la experiencia de la mudabilidad de las cosas y situaciones. Es el respeto al vaivén del tiempo y la indecisión frente al futuro. Por eso el campesino dirá que “hoy por tí y mañana por mí”, o sentenciará igualmente: “no te rías del mal vestido, que un día puede comprar ropa”.

En esta misma línea y no en último lugar entra la facilidad para olvidar. No es que el agravio lo deje indiferente, o que sea insensible; es esa experiencia vivida y vívida de la caducidad de todo. Somos polvo y sombra había dicho ya Horacio con la misma intuición.

c) Apacibilidad

El amor del bohío es el título de una bella obra de Ramón Emilio Jiménez. No todo es idealmente bucólico como trasciende de aquellos espléndidos cuadros, pero ciertamente es indudable el amor a la tranquilidad y el sosiego en el campesino. Es violento en la reacción, ciertamente; pero prefiere la armonía con todos, el disfrute de la amistad y el amor de los suyos, el buen entendimiento con los vecinos y con su comunidad. Y por qué no reconocer en esta actitud la presencia de ese 17% de sangre india que nuestro científico el Dr. José de Jesús Álvarez Perelló atribuye al pueblo dominicano!

Por lo demás desempeña un papel muy apreciable el acerbo de experiencias, tal como lo condensa la sabiduría de sierra adentro. En efecto, ya se sabe: “no cuquees las avispas cuando están quietas, porque de ordinario la lengua habla y se esconde, y el hocico es el que paga”.

d) Tolerancia

La cordialidad, el sentido del otro, y el amor a la paz propia, además de otros factores históricos, traen espontáneamente la tolerancia. El campesino tiene bien clara su escala de valores. No pone almohadilla bajo los codos de los pecadores, como decía Bossuet. El mal es mal y el bien es bien. Ahí está el caso del matrimonio. Es una deshonra que una hija o un hijo se le amancebe. Pero es tan conoedor de la fragilidad humana! No rechazará al que vive en ese estado. Sabrá disimular o más bien perdonar.

Es la inmediatez fresca de la experiencia humana que expresaba, sin sofisticaciones el genio de Homero, en el canto XII de la Ilíada: “No hay cosa, de cuantas respiran y andan sobre la tierra, más lamen-

table que el hombre". Y entra de nuevo su comprobación de cada día. Por eso dirá con certidumbre:

*"Déjate de criticaí
lo que de seica te toca
poique ei qu'ecupe p'arriba
siempre le cai en la boca".*

e) Sentido estético

Al extranjero que fatigosamente entra por primera vez en un rincón apartado o se adentra loma arriba le llama la atención poderosamente el sentido innato de lo estético de nuestra gente del campo. En un número reciente de la revista del CODIA se dedicaba justamente un estudio al arte espontáneo de la gente humilde para combinar los colores. Incluso nuestros barrios marginados campesinos urbanos —tan miserables como cualquier otro de una gran ciudad latinoamericana— no presentan la escualidez que hemos observado en otros lugares del Continente.

Posee un gusto muy suyo por los colores, por la buena presentación y por la limpieza. Raramente faltarán las flores a la entrada; si la casa no puede ser embellecida con pintura industrial buscará tierra de diversos colores y resolverá la situación. Pero su casa o choza quedará pintada. E igualmente el piso de tierra de la casa o el fogón de barro recibirán el "pañete" semanal. Siempre el gusto, porque "palo bien vestido no parece palo". Su ropa del mismo modo, será pobre, una remuda para los días de fiesta y las salidas al pueblo, pero limpia y decorosa.

f) Contemplación

Una de las sorpresas más notables —al menos para mí— ha sido el asomarme al hondón del espíritu de nuestro hombre del campo y descubrir —así me parece— que nos encontramos con una estructura interior contemplativa. Muchos disgustos y decepciones de los sacerdotes oriundos de países de cultura netamente occidental, cuando trabajan con los campesinos, provienen del desconocimiento de esta sutil realidad. Hablamos español, tenemos corte occidental, estamos rodeados de bagatelas occidentales, pertenecemos a occidente, luego somos occidentales y pensamos como tales.

En cambio nuestro campesino, al menos, no es unívocamente occidental. Parecerá una ocurrencia peregrina, pero después de

estudiar algunas lenguas y culturas semíticas, he podido o creído encontrar a nuestro campesino más cerca de Oriente que de Grecia o Roma.

El ritmo curiosísimo de su conversación cuajada de silencios llenos, el gusto por la sabiduría y la sentencia, su forma de pensamiento que procede no por vía silogística, sino por inferencia emocional, nos hablan con suficiente claridad. Pero es en clima propio de la vivencia religiosa donde se nos manifiesta con más vigor esta vena contemplativa de nuestro campesino. Se impresiona, por ejemplo, el canto, gusta del ritmo, sin duda. Pero se siente él, se levanta su gozo, se reconoce plenamente en las "Salves". Esa es su creación originalísima, su expresión religiosa genuina. ¿Y que son las Salves? Es una meditación, una contemplación, una voz que sale del alma, lenta, profunda, tranquila, rica de sobrenaturalidad.

Hemos llevado a cabo una experiencia curiosa. Dimos el mes de ejercicios espirituales ignacianos a cuatro campesinos. Un mes de meditación, de oración profunda y rica, de silencio exterior con elocuencia interior. Fue un descubrimiento para el director de estos ejercicios. Pocas veces había encontrado una respuesta tan directa y un sabor de lo sobrenatural tan inmediato.

Por lo demás, el campesino es el hombre de los silencios largos; su larga permanencia en el conuco, los viajes hasta la casa o hacia el pueblo le permiten encontrarse consigo mismo, pensar y mirar con el espíritu?

g) Sentido del esfuerzo e iniciativa

Por otra parte el fondo contemplativo de nuestro campesino no lo enerva o distrae del esfuerzo con que se debe someter el mundo al hombre. Como en todas partes, existe el holgazán y parásito. Pero su tendencia propia, —hablo del campesino de cultura agrícola— es el esfuerzo. Muchas veces su situación social de subocupado en un pedazo de tierra tan reducido o gastado que no requiere mayor cuidado, lo llevará más a gastar el tiempo que a empeñarse en el trabajo. Sin embargo, este mismo campesino emigrará a New York y no temerá horarios y durezas. Allí se abrirá paso para ahorrar por primera vez en su vida.

Es su sabiduría ancestral que lo proclama. Nos hablará en sus refranes del esfuerzo e iniciativa con frases gráficas:

“el que tiene sed busca el agua”

“pelea de gallo que no se propone, no se da”

*“quien se aplata o encucliya
y no afronta ei poivení
no sabe qu'en eta vida
pa llegai hai que salí”.*

h) Sentido especial del tiempo

Pero el esfuerzo tampoco es para destruirse. No se trata de crearse desajustes emocionales, tensiones desequilibrantes o de resquebrajarse para alcanzar una meta a codazos y competencias agotadoras para encontrarse al final destrozados y frustrados. De ninguna manera. Hay para todas las cosas su momento de maduración, el “kairós” de que hablaban los griegos. Ellos lo expresarán con diversas sentencias que confluyen en la misma idea:

“todo tiene su día” y “no por mucho madrugar amanece más temprano”.

Hay que saber esperar porque “las palmas son más altas y los puercos comen de ellas”. Aun la misma muerte entra en este ritmo porque “nadie se muere la víspera”³

i) Fuerte sentido de la propia personalidad

El campesino tiene un agudo sentido del propio valer y del reconocimiento que se le debe como tal. El otro es “cada uno”, distinto, con su ser definido y propio, con sus derechos y deberes, con una igualdad fundamental. Hay toda una serie de actitudes por las que resguarda este valer propio y el respeto correspondiente que le es debido.

Ante todo, está su independencia: “como en mi casa y bebo en el río” y “nadie come con mano ajena”. De ahí que procure estar provisto de lo más indispensable para no tener que pedir favores. Su misma forma de habitar está en consonancia con esta actitud. Los campos son verdaderos archipiélagos de bohíos y casas. Cada uno con la suficiente distancia para mantenerse a una conveniente separación de los demás. Ahí está su mundo; ahí es él en plenitud. La norma será conservar la distancia necesaria para que las gallinas propias en sus correrías no lleguen hasta el vecino⁴

Tal celo por la propia intimidad se observa en la manera cómo tratan hasta los asuntos más simples. Nunca delante de otro. Llamarán aparte si se está en grupo y debajo de un aguacate o en un rincón o fuera de la casa pedirán un consejo o propondrán un problema.

No podemos enumerar todos los mecanismos de afirmación y defensa de su personalidad. Pero no puedo pasar por alto el darse a respetar. Es la fuente mayor de contiendas y violencias. El darse a respetar comienza por la fidelidad a la palabra dada, de manera que cuando se viene a menos a tal palabra, se deja de ser hombre y se pasa a la categoría de "hombesito". El darse a respetar comportará cierta seriedad en el vestir, en el hablar, en la proyección de la propia imagen. Y sobre todo, está la reacción necesaria a ciertos estímulos negativos, como son la "galleta", el "bochorno", la ofensa, o a ciertos términos de un contenido desencadenante, como es el epíteto "abusador" en determinado tono.

EL YO DEFORMADO

Cada cualidad tiene su defecto. Es el reverso que nos torna limitados y oscuros. Es la mala sintaxis de la vida. Pues bien; nuestros campesinos no escapan a esta ley. Aún más, cuanto más ingenuas son sus cualidades, tanto más exuberantes son los defectos correspondientes.

a) Recelo

Se puede enumerar toda una gama de síntomas que entran, con mayor o menor propiedad, a formar este cuadro.

Ahí está con gran relieve el miedo a comprometerse. Ante una pregunta, observación o juicio frente al cual, por cortesía, no puede callar pero con el cual no quiere comprometerse, soltará un enigmático "anjá". Y esta especie de gruñido, puede significar cualquier cosa.

Pregúntenle a un campesino cuál es su partido político, por ejemplo. Si no se trata de un interlocutor de reconocida confianza responderá, sin duda, con una u otra de estas salidas: "bueno, éllo hay muchos", o más astutamente preguntará a su vez "y cuál es el suyo". No será raro el caso en que para salir rápidamente del paso responderá: "yo soy del que esté arriba".

Intimamente ligada a este recelo está la desconfianza. Desconfian-

za frente al otro por temor a ser engañado, al “gancho”, a la “camarona”; desconfianza frente a los desconocidos. Sus axiomas, a este respecto no pueden ser más definitivos! Así, por ejemplo, dirá que “el buey manso mató a su amo”, o que “el maco no es peje porque esté en el agua”; o sentenciará que “debajo de cualquier yagua sale tremendo alacrán”.

De abismo en abismo. Porque la desconfianza lo hará sumamente escurridizo y reacio a asumir responsabilidades públicas. Por supuesto, que entra en escena también la timidez innata y el miedo a quedar mal. Teme los comentarios que, sin duda, resonarán en todas las cocinas y pulperías del vecindario. Por eso, es más aconsejable, para él, acomodarse en su mundo familiar y rutinario. No exponerse.

Igualmente entra bajo esta óptica la tendencia del campesino a empequeñecer. Teme, recela. No quiere ostentar porque no conoce las intenciones últimas, aún en el contexto más inofensivo. Ha sido engañado tantas veces! Además el campesino ha debido pagar en tantas ocasiones las exigencias de la llamada vida civilizada de la ciudad! Hábil y experimentado se presentará en condición de inferioridad. Es el hombre de los diminutivos cuando la mano extraña puede urgar en el bolsillo propio. Preguntemos a un campesino de 300 tareas de café en una cosecha excelente, si fué buena la recolección. No contestará con un sí claro. Dirá: “se cogió un cafesito”. Lo mismo en el ordeño declarará: “ello se ordeñan unas botellitas”. Si su platanal es un orgullo, responderá simplemente: “ello hay para un sancocho”.

Otras veces el recelo será esa burla oculta, tan propia del campesino. Sería un interesante descubrimiento para sacerdotes, extensionistas, políticos mitineros... si tras su visita a un campo pudiesen asomarse, sin ser vistos, a las tertulias en el patio de la casa, junto al fogón en la cocina, o en ese club social que es la pulpería. Allí se hace la vivisección burlesca de nuestro héroe, que retorna tal vez satisfecho de su éxito con los campesinos. En fin, es su mecanismo de nivelación frente al que es superior, porque viene del pueblo.

Por lo demás con tal reacción nuestro campesino se uniforma con las actitudes primitivas o instintivas de todos los pueblos, sin excepción. Nos dice un gran conocedor de la etología, Eibl—Eibesfeld:

“Y, por último, tampoco deberíamos olvidarnos de nuestra reacción primitiva frente a toda persona que de alguna manera se salga de margen de lo acostumbrado:

Nos comportamos de forma agresiva, nos reímos o burlamos del gordo, del pelirrojo, de cualquiera otro tipo que en algún aspecto no corresponda a la norma. Estas son las formas elementales de la conducta social humana, como las podemos encontrar en cualquier civilización humana. El hecho de que la persona en algún sentido marginada o diferente pueda ser miembro muy valioso de la sociedad, sólo lo racionalizamos secundariamente”⁵

b) Individualismo

Hay una copla popular que es el himno al individualismo del campesino dominicano:

*“Poi favoresei etraño
ei que lo suyo suplanta
sin querei se ta bucando
cuchillo pa su gaiganta”.*

Y continúa este nuestro hombre:

*“Deja que caigue ca cuai
su contratiempo y su pena
jasei lo contrario e sudai
calentura ajena”.*

Otro rasgo al acaso. Cuanta dificultad en reconocer los méritos del otro. Después de coincidir con el interlocutor en el mérito que se le atribuye a un tercero, añadirá un “Pero. . .” que es la negación del acuerdo aparente.

Este individualismo es la exageración de su sentido de independencia. Casi toda la Pastoral de la Iglesia con los campesinos es un paciente trabajo de educación al sentido comunitario. Y nuestro mayor obstáculo es el individualismo.

No es mi tarea descubrir las causas de este defecto. Pero no sería difícil coincidir con Samuel Ramos, citando a Salvador Madariaga, en que los heredamos directamente de España. En efecto “como hombre de pasión. . . tiene que ser rebelde a todo encadenamiento por parte de la vida colectiva y es, en consecuencia, un individualista. El individualismo es, en efecto, la nota dominante en todos los aspectos de la historia española. La conquista de América, por

ejemplo, no fué obra de España como nación, sino una hazaña de aventureros individuales que obraban por propia cuenta. Ya en los iberos primitivos que vivían en tribus, se señalaba, entre los individuos, un gran orgullo contrario a toda unión o disciplina. Lo curioso de España es que allí se puede ser individualista hasta lo extremo sin dejar de ser español. Parece que en aquel país, mientras más exaltado es el individualismo, se es más profundamente español, como en el caso ejemplar de don Miguel de Unamuno. La inestabilidad de la vida española, después de su efímero período de unidad y grandeza imperial, es el efecto de la fuerza centrífuga de los individuos que dificulta toda acción colectiva uniforme. Las direcciones de la política, el arte, la literatura o las ideas, son determinadas por la acción de personalidades aisladas, a las veces sin una adecuada correlación con la realidad ambiente. Cada español parece un átomo rebelde cuyo movimiento tiende a separarlo de su centro natural de gravitación⁶

c) Quietismo conformista

Este hombre ha vivido en una especie de camisa de fuerza histórica. No ha tenido futuro, status social, decisiones políticas, prosperidad económica se les presentan en su historia como un juego de fuerzas que él no domina ni comprende. Vienen de atrás, están en la ciudad; son patrimonio de los que tienen poder cultural, social, económico, político. El es solo, al margen de ese mundo.

¿Cómo lo percibe y expresa nuestro campesino? Pues en primer lugar recurriendo al destino. Una fuerza oculta, desconocida, muchas veces concebida como algo independiente de Dios, si bien otras veces es concebida y expresada como la voluntad de Dios. Es un campo para una interesante investigación. Hay, pues, una meta que se nos ha fijado y que no podemos variar. Varios refranes resumen esa inevitabilidad:

“el que nace para medio no puede llegar a real”

“el que nació para coco, no pasa de piñonate”

“el que nació barrigón de nada le sirve faja”

“suerte y mortaja del cielo bajan”

Tal determinación será algunas veces para el bien, porque caprichosamente el dado está cargado a nuestro favor:

“la yagua que está para el burro no hay vaca que se la coma”

“el pájaro que se va a criar no se cae del nido”.

Pero con el mismo capricho inexplicable puede tal determinación golpearnos inexorablemente:

“todos los tropezones van al dedo malo”.

“al desnudo le viene todo menos ropa”.

Si queremos remontarnos hacia la causa, o una de las causas principales, creemos que el juicio de Samuel Ramos para México es válido, en gran parte, para nosotros:

“Desde su origen, la organización colonial tendía a deprimir el espíritu de la nueva raza. Los conquistadores eran soldados, no hombres de trabajo, que tuvieron que explotar sus nuevas posesiones por medio de la raza vencida. Por eso el trabajo en América no tuvo el significado de un bien para librarse de la necesidad, sino de un oprobio que se sufre en beneficio de los amos. La voluntad y la iniciativa de los mexicanos carecían de oportunidad en qué ejercitarse. La riqueza no se obtenía mediante el trabajo, sino merced un privilegio injusto para explotar a las clases de abajo. El comercio era un monopolio del clásico “abarrotero” español que venía de paso a América para llevarse una fortuna a su tierra. La minería y la agricultura eran fuentes de una riqueza que también huía a Europa. Unos cuantos privilegiados podían educarse en los colegios y seguir después una profesión liberal. Las profesiones se reducían casi a dos: la de cura o la de “licenciado”. La mejor oportunidad de vivir que tenía la clase media era la burguesía. Así, la masa de la población reducida a la inactividad se hizo perezosa y resignada a la pobreza, de la cual no tenía otra esperanza de salir que el favor de Dios manifestado en forma de lotería”?

d) Susceptibilidad y violencia

El sentido de la propia dignidad degenera fácil y comúnmente en un tipo de susceptibilidad enfermiza y en la violencia. Cualquier

detalle, palabra o broma sin mayor importancia, puede herir y provocar serias reacciones. Es la hipersensibilidad frente a la propia imagen; el modo trágico de afirmarse a sí mismo; la manera penosa y engañosa de reforzar su debilidad interior.

Existen en este sentido palabras o frases que son consignas. Después de pronunciadas, queda sólo el cuchillo o la batalla. Tal es, por ejemplo, "últimamente". Es la declaración de guerra; el ataque inmediato.

La conciencia popular se asoma en la acostumbrada copla:

*"Cuando poi condesendei
nuejtra desencia no bajta
pa probai qui uno ej'un hombre
hai que paraise en do pata".*

e) Machismo

En nuestro hombre del campo el machismo es algunas veces la valentía, el espartanismo, y esa capacidad de otro esfuerzo aún. Son signos que no pueden faltar en un verdadero hombre y que se exigirán del muchacho ya desde su adolescencia. Es más bien la hombría.

Pero evidentemente que existe el machismo como perversión de la hombría. Hay todo un lenguaje de adagios tejidos sobre la imagen del gallo, con la que el hombre se siente identificado y pronunciado. De ahí resulta un tipo:

- peleador violento, desafiante
- dominante en su ambiente
- con actitudes de harén
- irresponsable ante las consecuencias de su egoísmo sexual.

Vayan algunas expresiones populares sobre esta relación gallo—hombre: Se dice de un hombre que es "un gallo de hombre" o "un gallo encatao".

Por supuesto que "al gallo se le respeta por sus espuelas".

Además “dos gallos no caben en el mismo gallinero”. Y en cuanto a la superioridad sobre la mujer:

“donde canta el gallo, no canta la gallina”. Y “batata asá, caña arrimá, huevo en ei monte y mujere sola no tienen dueño”.

MECANISMOS INHIBITORIOS FRENTE A LA AGRESIVIDAD

Nos dice Eibl—Eibesfeld:

“Lo importante es que sepamos que el hombre está hecho de esta manera, y que primero tiende a ser agresivo. . . A este respecto es preciso tener en cuenta que la modificación cultural a la que hemos sometido nuestro entorno, se ha operado a una velocidad mucho mayor de la que nuestro organismo biológico es capaz de soportar para poder adaptarse a una tal modificación en todos los puntos. . .”⁸

Tal agresividad, sin embargo, encuentra sus mecanismos de ajuste por un espontáneo equilibrio de tipo sociológico.

En primer lugar —y no pretendemos ser exhaustivos— nos encontramos con la institución del compadrazgo, que establece un tipo de relaciones primarias mucho más fuertes y estables que las mismas de la sangre u otro género semejante.

Está también la vergüenza de la cárcel. Una persona que se respeta no va a la cárcel, a no ser en ocasiones muy particulares de tipo social en que la cárcel es motivo de honra, como es, por ejemplo, una invasión colectiva de tierras.

Igualmente entra en la enumeración, la amistad, que en el hombre del campo supone una vinculación más profunda de lo que ocurre en las ciudades. Es un compromiso que debe ser llevado hasta sus últimas consecuencias y que impone límites de tolerancia cercanos al compadrazgo.

Tiene su peso también el sentido de comunidad —vecindario. Existe un tipo de sanción imponderable que aplica el vecindario y que no es nada despreciable, sobre todo si tenemos en cuenta el marco sociológico cerrado en que se desenvuelve la vida campesina. Será un esquivar, cierta frialdad, el comentario constante en un ambiente con poca variedad de temas.

Por último, puede citarse una actitud que llamo escapismo, a falta de mejor término. El campesino ama la paz; la violencia de hechos es una salida forzada y extrema, por lo general. Se le impone por condicionamientos psicológicos y sociales. Si puede evitarla la rehuye. Para esto dispone de toda una gama sutil de artificios: desde la apelación a la amistad que existe y existió en la familia, hasta el mero desahogo verbal como sustitutivo de la agresión con los hechos.

ENSAYO DE EXPLICACION

Dejo a los psicólogos una interpretación del mundo interno del campesino. Aquí presento mis impresiones, en una estilística de conclusiones.

Nuestro campesino presenta, entre otras, las siguientes grietas:

— sentimiento de incapacidad, deficiencia, debilidad, e inseguridad interior.

— personalidad esquizofrénica; malestar interior, incoherencia dentro de sí mismo o de armonía consigo mismo.

Deberíamos decir que presenta dos personalidades: una real y otra ficticia.

La personalidad real está sumamente condicionada para expresarse y ha sido deformada a lo largo de nuestra existencia por las experiencias históricas amargas, profundas y traumatizantes; por las invasiones culturales; por las imposiciones; e incluso, por la misma Iglesia.

La personalidad ficticia es una máscara formada por actitudes de defensa y ocultamiento de la debilidad interior. Una simulación para ocultar el sentimiento de inferioridad. Tal esquizofrenia podría provenir de:

— el trauma indígena

— nuestro origen como esclavos africanos

— la concupiscencia, irregularidad moral y social de nuestros orígenes?

— el modelo hispano captado como tipo superior, pero no

totalmente participado o asimilado.

(Es curioso notar que tenemos un orden social curiosamente jerárquico según la cercanía al blanco: moreno, moreno lavado, moreno claro, indio oscuro, indio fino. . .)

— el trauma histórico que, a su vez, podría incluir estos elementos:

conciencia de nuestra minusvalía económica como Colonia y de nuestra situación sociopolítica de trampolín hacia Tierra Firme; la inseguridad frente al futuro histórico por las repetidas invasiones; la falta de arraigo de familias e instituciones; la experiencia, continuada desde la Colonia, de intrigas, divisiones, anarquías, ausencia de un propósito nacional común, centrifugismo patológico; dispersión social; los modelos operativos de la Colonia que luego se fueron transmitiendo con nuevos nombres, pero con los mismos vicios capitales, que producen una sociedad fundada sobre la anomía en casi todos los órdenes:

Ha sido un resumen rápido de impresiones. Creo que importa cada vez más acercarse al hombre del campo; no para rebajarlo como especie zoológica muy propia para cierto tipo de investigaciones y encuestas superficiales o de moda. Sino para comprenderlo y comprendernos. No olvidemos ciertas actitudes campesinas que descubren los estudios aún en el dominicano más dentro de la ciudad!¹⁰

Por lo demás, cuando se experimenta tristemente hoy en día la capacidad deshumanizante de las megalópolis —se habla de la enfermedad de la aglomeración— y cuando una señal de los tiempos para el futuro de la humanidad es el camino de la austeridad solidaria, ¿no sería conveniente hacernos en nuestras actitudes más campesinos, para ser más sencillos, más austeros, más humanos, sin renunciar, por supuesto, a los bienes reales de la ciudad?

NOTAS

1) Dr. José de Jesús Álvarez Perelló: La mezcla de razas en Santo Domingo y los factores sanguíneos, en Eme Eme, vol. 11, No. 8 (sept. — oct. 1973) págs. 67 — 98.

2) Konrad Lorenz, que ha sido llamado el padre de la Etología, escribe muy certeramente sobre la agitación del hombre "civilizado": "Una de las peores consecuencias de las prisas, o, quizás, más bien, consecuencia directa de la angustia generosa de dichas prisas, es la incapacidad del hombre moderno de permanecer a solas consigo mismo, aunque fuese nada más que por un momento. Evita toda oportunidad de autorreflexión y soledad meditativa con tanto empeño timorato como si temiese que la reflexión pudiera enseñarle un autorretrato de rasgos verdaderamente espantosos..." (La competición consigo mismo, en Humboldt, No. 53 (1974) p. 4.

3) Volvemos a encontrar el análisis de Lorenz sobre el comportamiento autodestructivo de nuestros días. Es una confirmación de la actitud más humana de nuestros campesinos: "Tenemos que preguntarnos, qué es lo que hoy más daña a la sique de la humanidad: el ansia del dinero que a todos ciega, o las prisas agotadoras. Cualesquiera que sea entre ambas cosas, se ajustan muy bien a los fines de los dirigentes políticos de todos los credos, fomentándose las dos, exaltándose hasta la hipertrofia los motivos que inducen los hombres a la competencia.

Que yo sepa, aún no existe un análisis de psicología profunda de dichos motivos, pero me parece sumamente probable que junto a la avidez de poseer algo, o de obtener una mejor posición dentro de la jerarquía, o de las cosas, desempeñe un esencialísimo papel la angustia. . .

La angustia en cualquier forma es, sin duda alguna, el factor más importante de los que contribuyen a hundir la salud física del hombre moderno, ocasionándole hipertensión arterial, cirrosis hepática, infartos de miocardio a destiempo y otras lindezas por el estilo. El hombre con prisas, evidentemente, no se mueve tan sólo guiado por la sed de riquezas, pues las tentaciones más poderosas no serían capaces de inducirle a una autodestrucción tan feroz. No se mueve por sí mismo, le mueven, y lo que le mueve, parece que ha de ser el miedo.

Las prisas miedosas y el miedo con prisas contribuyen a despojar al hombre de sus características más genuinas. Una de ellas, es la reflexión. . ." (Konrad Lorenz: La competición consigo mismo, en Humboldt, No. 53 (1974) p. 4).

4) Otra vez la Etología nos mostrará el peligro del hacinamiento, que rehuye tan espontáneamente nuestro campesino: "La necesidad que siente el individuo de poseer un espacio propio, de disponer de una distancia individual dentro del territorio del grupo es seguramente innata. . ."

"Hay una cosa sobre la que parecen estar de acuerdo todos los etólogos: a saber; que el hombre, de conformidad con su constitución biológica, parece más adecuado para vivir en grupos pequeños, y que la gran proximidad de las masas humanas le extenuan biológica y socialmente. . . Los campos de prisioneros y otras aglomeraciones humanas de individuos confirman el criterio de que las comunidades humanas demasiado densas reflejan los mismos síntomas que las agrupaciones de animales muy compactas. La creciente densidad de población, la existencia en grandes colectividades, el crowding, cuya influencia sobre las estructuras sociales supone también Lévi-Strauss, relajan los vínculos personales y debilitan las reacciones sociales, aumentando en cambio la agresividad: ¿pueden considerarse bajo este aspecto los fenómenos tan distintos entre sí como la creciente criminalidad en las ciudades de millones de habitantes, las actividades de la revolución cultural china y la actitud de Roma respecto del control de los nacimientos? Es indudable que esto nos hace perder ilusiones: pero el estudio del comportamiento es una ciencia decepcionante". (Wolfgang Haedeker, La investigación del comportamiento: resultados y perspectivas, en Humboldt, (1970) p. 18).

5) Irenäus Eibesfeld: El hombre —esa criatura "arriesgada", en Humboldt, año 14, No. 51, pág. 11.

6) Samuel Ramos: El Perfil del Hombre y la Cultura en México, Colección Austral, Espasa Calpe, México, 4ta. edic., pág. 31.

7) Samuel Ramos: o. c., p. 35.

8) Eibl—Eibesfeldt: o. c., p. 11

9) Cfr. diversas citas en José de Js. Alvarez Perelló: o. c., pp. 91 ss.

Fernando González al tratar sobre el mestizaje escribe, al respecto: "En realidad, tal mezcla es un bien; pero en la conciencia tenemos la sensación de pecado. Vivimos, obramos y sentimos el complejo de ilegitimidad" (En "Los negroides", citado por Edmund Stephan Urbanski, Los mestizos, su vida y cultura en Hispanoamérica, en Humboldt (1973) p. 24) Asimismo Urbanski, refiriéndose a Luis Alberto Sánchez en su obra "¿Existe América Latina?" escribe "Parece que la motivación española en aquella simbiosis se basaba más en la concupiscencia que en la voluntad de engendrar nuevos valores espirituales". (Ibid., p. 25).

10) Cfr. José Luis Alemán: Familia y Juventud Estudiantil, en Estudios Sociales, Año II, No. 3 (Julio—Agosto—Sept. 1969) p. 123—131, y Lic. Ricardo Rodríguez: Actitudes religiosas de los maestros del departamento escolar de Montecristi, en Estudios sociales, Año V, No. 4 (Oct.—Nov.—Dic. 1972) pp. 225—243.